



Los miedos aparecieron cuando la de Miguel se bustan en casa de sus padres.  
¿Qué hacer para acabar con ellos? ¿Salir huyendo? No, desde luego que no.

*RICARDO ALCÁNTARA es autor de numerosos libros para niños, por el que ha obtenido los premios Serra d'Or y Apol·lo. Además, entre otros, Ediciones SM ha publicado también sus libros El pirata venenoso, Los libros, Miguel y La segunda infancia de don Honorato.*

Primeros lectores



Ilustraciones de Gusti



# Gustavo y los miedos

Ricardo Alcántara

7ª EDICIÓN





2802

# GUSTAVO y los miedos

Ricardo Alcántara

Ilustraciones de Gusti



ediciones **sm** Joaquín Turina 39 28044 Madrid

Colección dirigida por **Marinella Terzi**

*Primera edición: julio 1990*

*Séptima edición: julio 1996*

© Ricardo Alcántara, 1990  
© Ediciones SM  
Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

Comercializa: CESMA, SA - Aguacate, 43 - 28044 Madrid

ISBN: 84-348-3092-2  
Depósito legal: M-24365-1996  
Fotocomposición: Grafilia, SL  
Impreso en España/Printed in Spain  
Orymu, SA - Ruiz de Alda, 1 - Pinto (Madrid)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

*A mi amigo Jaime Ferreira Jr.*



Los miedos aparecieron  
cuando la tía Milagros  
se instaló en casa de Gustavo.  
Hasta entonces  
el niño no los conocía.

Pero la tía  
no los trajo en su vieja maleta.  
Lo que pasó fue  
que la mujer los llamó  
y ellos acudieron presurosos  
para sembrar el temor.

Resulta que la tía Milagros,  
cargada de buenas intenciones,  
cuidaba al pequeño  
mientras sus padres estaban de viaje.



—Gustavo, hazle caso a la tía  
—le recomendó su madre  
antes de partir.

Y él se esforzaba  
por seguir los consejos de la madre.  
Con la tía Milagros  
se llevaba muy bien.  
Sólo discutían a la hora de comer.

La mujer estaba convencida  
de que los niños sanos  
debían estar rellenos y mofletudos.  
Y para ello  
era preciso comer en abundancia.

Así es que  
le servía a Gustavo  
los platos llenos a rebosar.  
Tanto,  
que él se veía incapaz de acabarlos.

—Come, come —insistía ella—.  
A ver si engordas esas piernas,  
que parecen dos palillos.

—Es que no puedo más  
—protestaba el niño.

Y ella lo miraba muy seria,  
a punto de perder la paciencia.  
¡Hasta que un día la perdió!

Entonces,  
enfadada y con el ceño fruncido,  
le amenazó:

—Si no comes,  
el bicho de la oscuridad  
te llevará con él.

Gustavo abrió unos ojos muy grandes,  
ojos cargados de susto.  
Jamás había oído algo semejante.

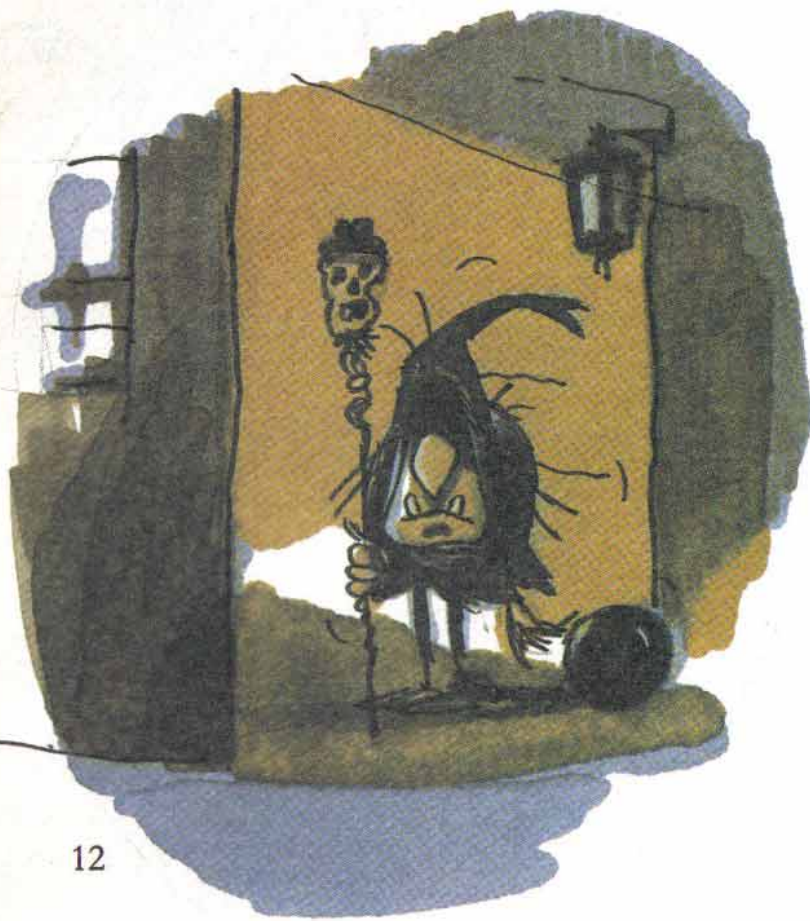
—¿El bicho de la oscuridad...?  
—repitió asombrado.

—Sí, y es muy malo  
con los niños delgaduchos como tú  
—afirmó la tía Milagros  
ocultando una sonrisa traviesa.

La tía pensaba  
que lo que no se conseguía  
con buenas palabras  
se lograba  
con la ayuda del miedo.



Y los miedos,  
que son seres endiablados,  
acuden veloces  
cuando alguien los nombra.



En aquel momento, precisamente,  
uno andaba cerca.  
Y, al oírlos,  
entró en la casa.  
Tal como las moscas  
cuando descubren miel.  
Se trataba de un miedo bajo y delgado.  
Tenía los ojos saltones  
y los pelos de punta.  
Iba vestido de negro.

Andando paso a paso,  
se acercó a Gustavo.  
Y de un salto acabó por sentarse  
sobre el hombro del niño,  
muy cerca de la oreja.

Sabía que desde allí le escucharía,  
aunque hablase en voz baja.

De pronto,  
Gustavo se sintió tan inquieto  
que intentó acabarse  
la comida del plato.  
Lo intentó, sí..., ¡pero no pudo!  
En la barriga ya no le cabía  
ni un granito de arroz.

—Allá tú —refunfuñó la tía—.



Pero luego no te quejes,  
pues yo te lo he advertido.

Gustavo no respondió  
y fue a sentarse ante el televisor.

Allí se estuvo,  
casi sin hablar,  
hasta el momento de irse a la cama.



—Hasta mañana  
—le dijo a la tía Milagros,  
y se fue a su habitación.



Aquella noche  
no había forma de dormirse.  
Cualquier ruido le sobresaltaba.

Pero, finalmente,  
arropado por el resplandor de la luna,  
lo consiguió.

Al cabo de un rato, se despertó.  
Tenía ganas de hacer pipí.



«¡Ahora es el momento!»,  
se dijo el miedo,  
y los ojos le brillaron.

A medio despertar  
y con la luz apagada,  
Gustavo se encaminó al lavabo.  
Y cuando estaba en el oscuro pasillo,  
el miedo comenzó a hacer de las suyas.



Casi con un hilo de voz,  
le dijo al niño:

—Creo que detrás de esa puerta  
hay alguien escondido...

El bicho de la oscuridad  
anda por allí...

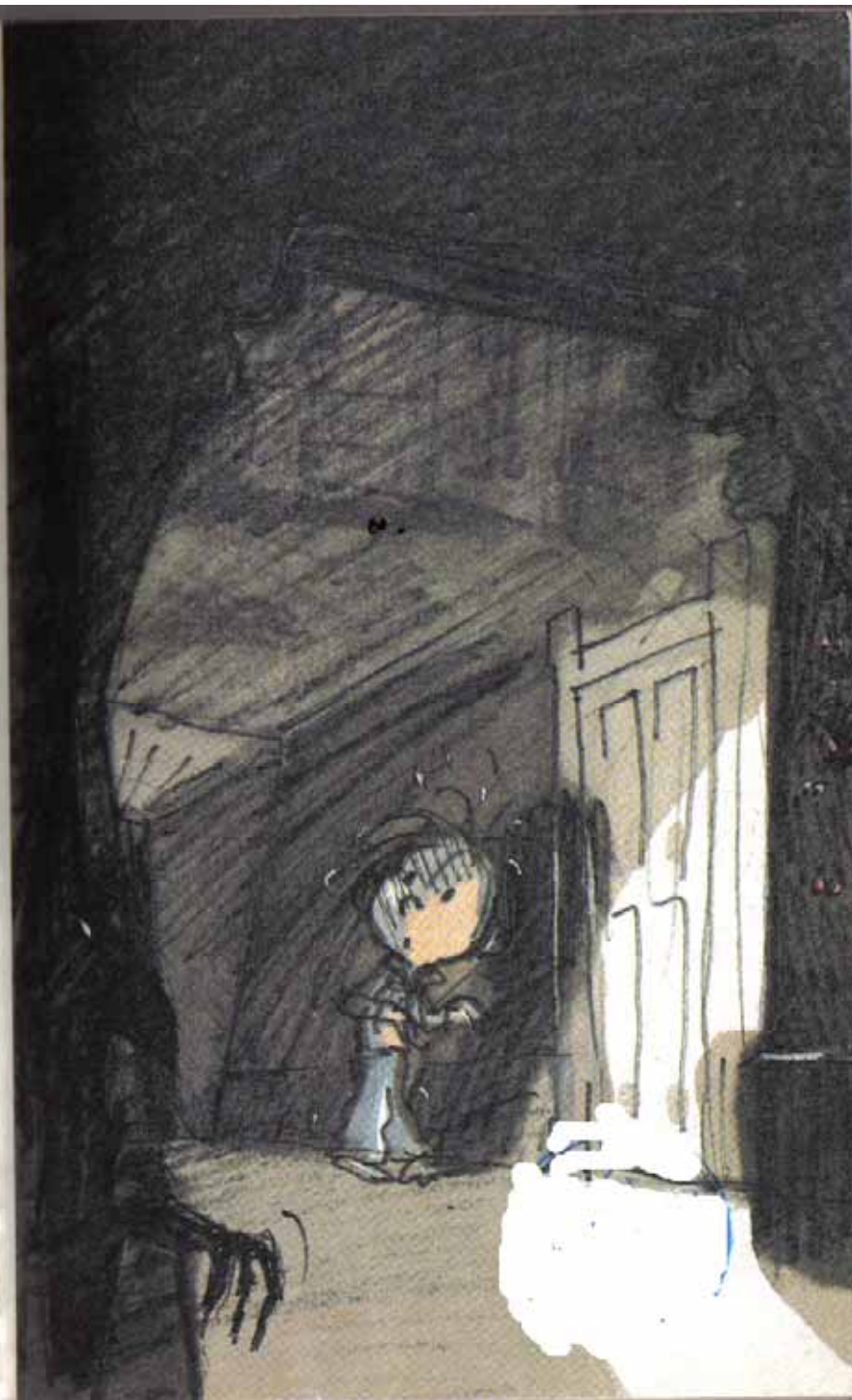
Es muy malo con los que no comen...

Y Gustavo,  
en vez de no escuchar  
y desprenderse del miedo  
con un resoplido de indiferencia,  
le prestó atención.

Eso envalentonó al miedo,  
que comenzó a hablar  
con voz más potente.

—Si el bicho te ataca,  
estás perdido —le dijo.

Gustavo sintió  
que las piernas le temblaban.

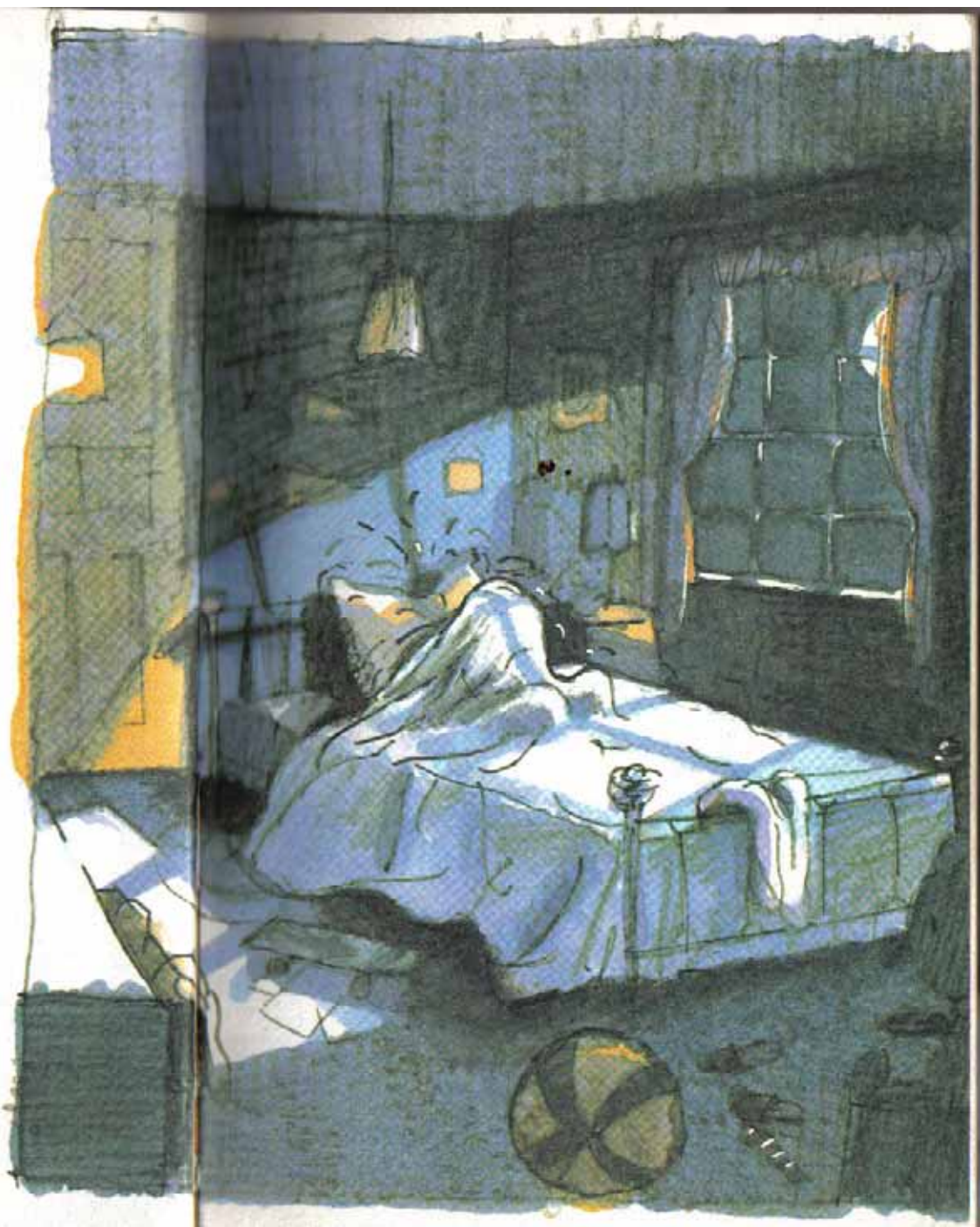




Recostado contra la pared,  
se veía incapaz de dar un paso.

—Vuelve a la cama  
—le aconsejó el miedo.

Sin pensárselo dos veces,  
el niño corrió hacia la habitación.  
Se metió en la cama  
y se cubrió la cabeza  
con las mantas.



Entonces  
permaneció quieto y encogido.

No conseguía dormirse.  
Entre el susto,  
el pipí que se le escapaba  
y el temor a la oscuridad,  
Gustavo lo pasaba fatal.

Viéndole así de asustado,  
el miedo disfrutaba a sus anchas.  
Incluso decidió llamar a otro miedo.



22



Y el otro miedo se presentó  
en un abrir y cerrar de ojos.

Era robusto y barrigudo.  
Sus orejas acababan en punta,  
así como las de los burros.  
Y sujetaba sus raídos pantalones  
con una cuerda.

Al igual que su compañero,

23

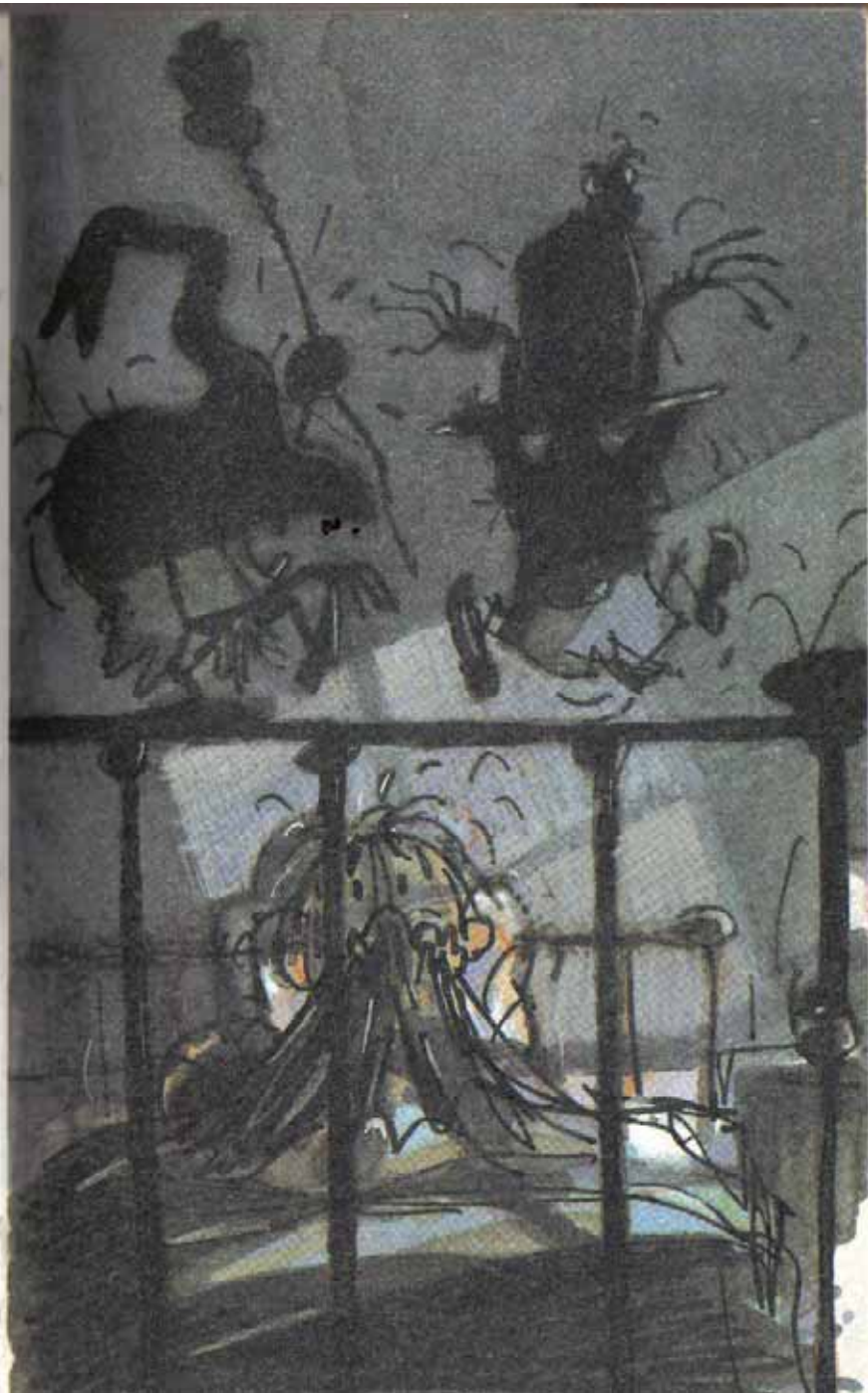
se sentó junto a la oreja del niño.  
Esperaba con impaciencia  
el momento de comenzar a actuar.

Y la ocasión se presentó  
cuando Gustavo,  
que por fin había conseguido dormirse,  
se hizo pipí en la cama.

Al notar que tenía el pijama mojado,  
el miedo se puso a berrear  
hasta que el niño se despertó.

—Eres un marrano.  
Menuda zurra te darán  
—le dijo en tono de enfado.

Gustavo no sabía  
cómo le había sucedido aquello.  
Tampoco sabía qué hacer.  
Se encontraba como perdido  
y a merced del viento.

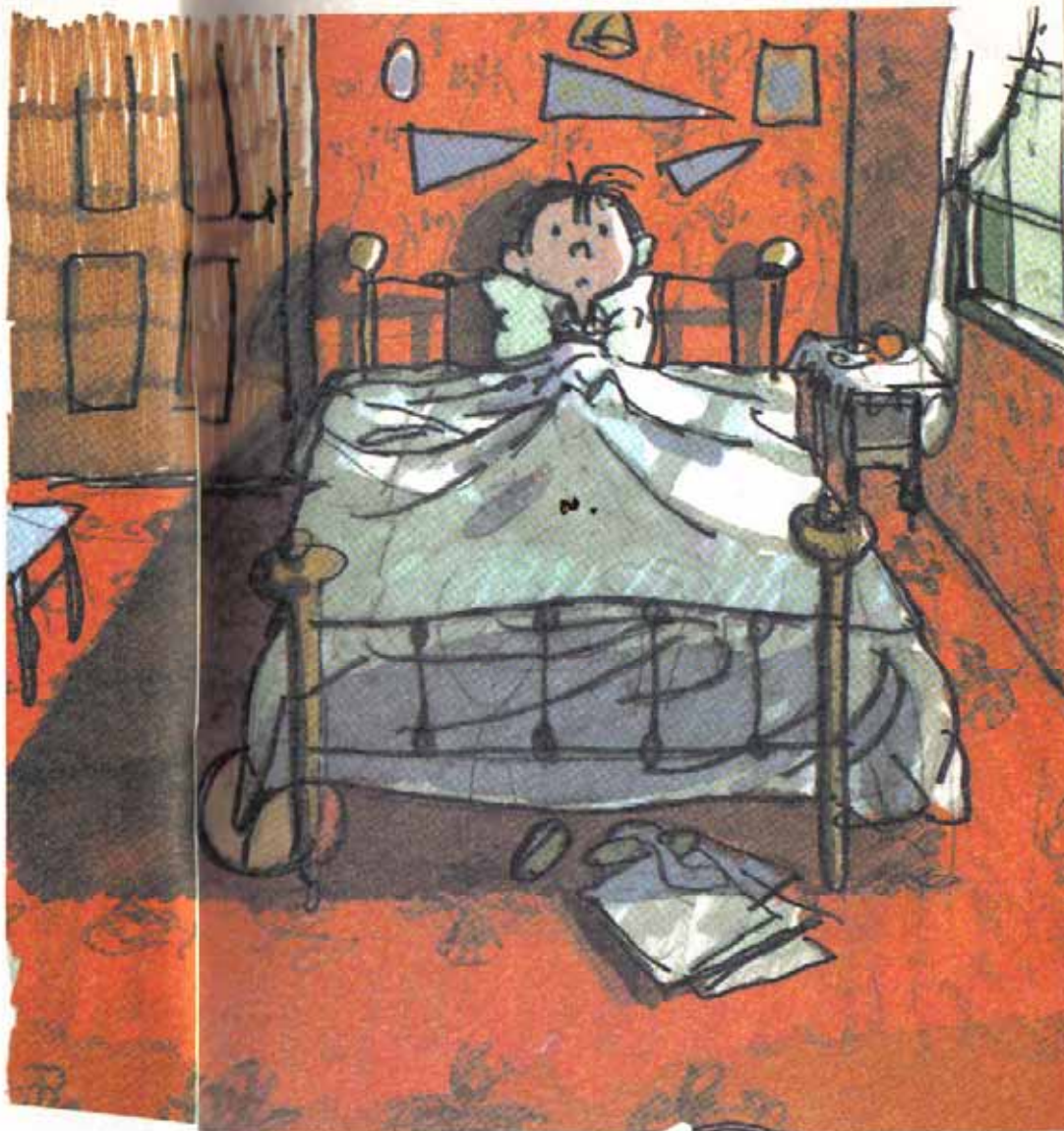


Finalmente se cambió de ropa,  
intentó secar las sábanas  
con una toalla  
y volvió a acostarse.  
Pero ya no le fue posible pegar ojo.

Las primeras luces del día  
lo pillaron despierto.  
Igual que les pasa  
a los gatos parranderos.

A pesar de ello,  
se quedó un rato más  
entre las sábanas.  
Pensaba y pensaba.  
Y tras mucho pensarlo, decidió:  
«Comeré toda la comida  
que me sirva la tía Milagros».

Entonces,  
los asustados fueron los miedos.



Si él tenía  
el firme propósito de vencerlos,  
sin duda lo conseguiría.  
Ya les había ocurrido  
con otros niños.

Se miraron de reojo,  
incapaces de pronunciar palabra.  
Observaban en silencio  
cada paso del niño.

Gustavo se presentó en la cocina  
y, con un sonoro beso,  
le deseó los buenos días  
a la tía Milagros.

La mujer sonrió  
y continuó preparando el desayuno.  
—Ponme una taza bien grande  
y mucho pan con mantequilla  
—le pidió el sobrino.  
Y ella, complacida, así lo hizo.





Gustavo devoró el primer trozo de pan  
con admirable apetito.  
El segundo le costó un poco más.  
A mitad del tercero  
se sentía a punto de reventar...



¡Y aún le quedaban dos en el plato!  
«No puedo...»,  
reconoció para sus adentros,  
y dio por perdida la batalla.  
Al oír tales pensamientos,  
los miedos comenzaron a aplaudir.  
Se habían salido con la suya  
y estaban muy contentos.  
Tal era su alegría  
que decidieron llamar a otro miedo.

Al notar que los miedos aumentaban,  
Gustavo ni siquiera se atrevía  
a mirarse el hombro.

Sabía que estaban allí,  
pero temía fijar sus ojos en ellos.

Tembloroso, desviaba la mirada.

Pero eso no resolvía el problema,  
pues incluso sin verlos  
oía sus antipáticas voces.

Y los miedos no paraban de hablar.

—Romperás la taza y te castigarán  
—le decían.

—Tirarás el café con leche  
y la tía se enfadará

—murmuraban con malicia.

Gustavo estaba tan asustado  
que casi no se atrevía  
ni a mover un dedo.





De pronto,  
una idea cruzó por su cabeza.  
Entonces, la expresión de su rostro  
cambió por completo.

Gustavo planeaba  
deshacerse de los miedos.  
Y, para conseguirlo,  
pensaba salir a la calle  
y echar a correr.

Correría tanto y tan rápido  
que ellos no podrían alcanzarle.

Entonces, libre ya de los miedos,  
regresaría tranquilamente a casa.  
Estaba tan ilusionado con el plan,



que decidió ponerlo en práctica  
en ese mismo momento.

Andando lentamente,  
llegó a la puerta.

La abrió y...

¡salió veloz como el viento!

Corrió y corrió sin parar  
hasta que le faltó el aliento.

Entonces hizo un alto.

Estaba tan cansado...

Pero el esfuerzo valía la pena  
pues creía haber dejado atrás  
a tan molestos seres.

Sin embargo...

—La calle es muy peligrosa.  
No deberías salir de casa  
—le dijo uno de ellos.

—Aquel muchacho  
te mira con cara de pocos amigos  
—apuntó otro.

Y el tercero,  
viendo a Gustavo tan acobardado,  
se apresuró a llamar a otros miedos.

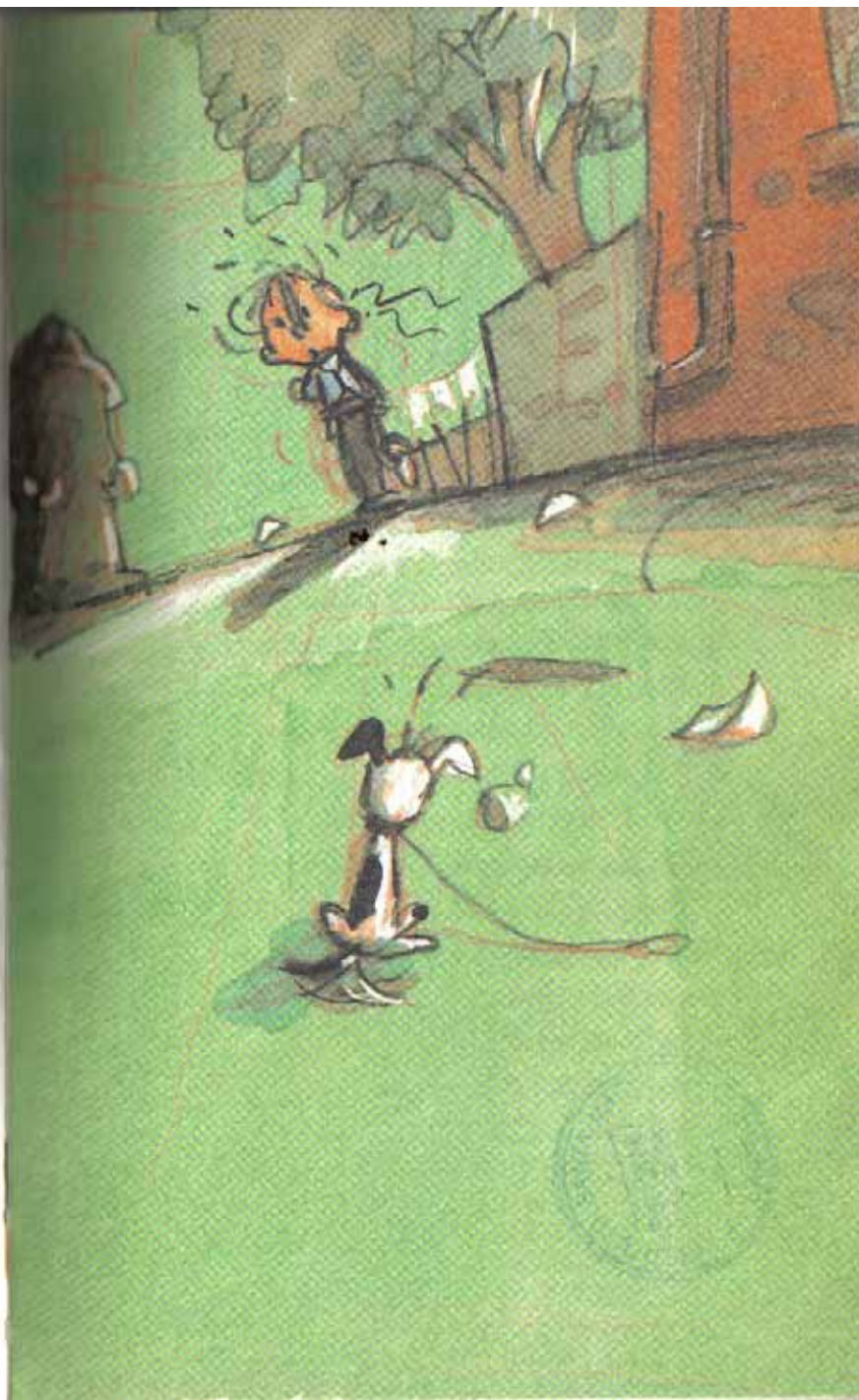
Y el niño, bajando la cabeza,  
reconoció:

—Es inútil correr.  
Siempre me pillarán.

Y, apenado,  
tomó el camino de regreso.

Dio un paso más  
y le asaltaron mil temores.

El trajín de los coches le inquietaba.  
La gente le causaba recelo.  
Incluso huyó de un perro  
que se le acercó meneando el rabo.





Entró en su casa tan pálido,  
que el más elegante de los fantasmas  
le hubiera envidiado.

Al verle en semejante estado,  
la tía Milagros le preguntó alarmada:

—¿Te encuentras bien?

—Sí... —respondió Gustavo.

Pero en realidad estaba tan mal,  
que hasta le daba miedo confesar  
que tenía miedo.

Para salir de dudas,  
la tía le puso el termómetro.

Al cabo de un rato,  
se lo quitó y...

—No tienes fiebre  
—dijo algo más tranquila.

Sin embargo,  
Gustavo parecía un pollo mojado,  
y a la tía no se le pasó por alto.  
Así es que decidió  
no quitarle el ojo de encima.

Y al cabo de un buen rato  
de observarlo con detenimiento,  
se preguntó:

«¿Qué le sucederá?»





Es que Gustavo se había sentado  
en el cuarto de estar  
y de allí no se movía.

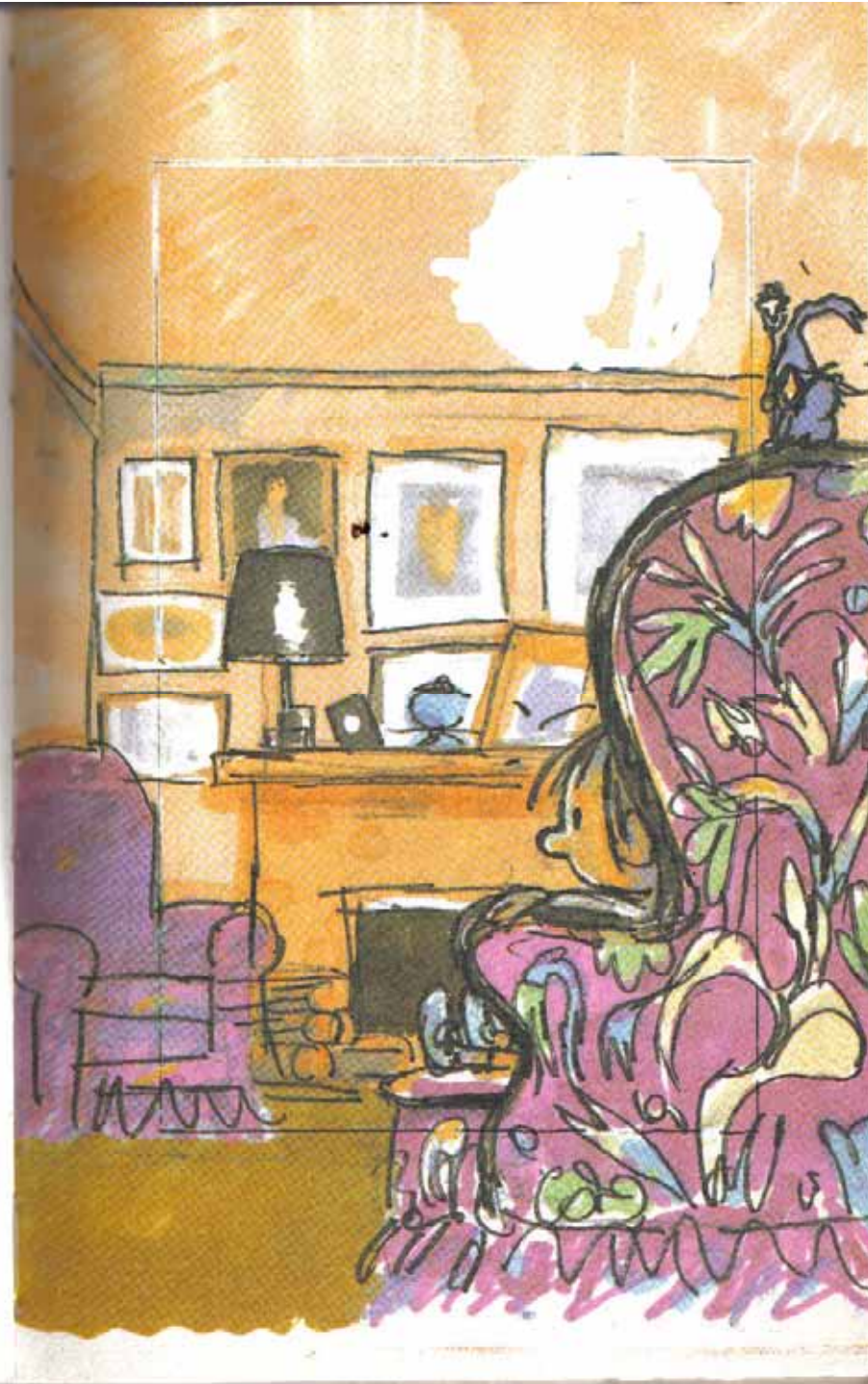
El niño no estaba nunca  
tanto rato quieto y en silencio,  
y la tía no sabía qué pensar.

Por más vueltas que le daba,  
Gustavo no sabía cómo salir  
de aquel atolladero.

Su cabeza se había convertido  
en un nido de miedos.

Tanto, que ya no se atrevía  
ni a salir a la calle  
a jugar con los amigos.

Y, como suele suceder,  
el paso de los días  
empeoró más la situación.  
Gustavo llegó a tener miedo  
hasta de su propia sombra.





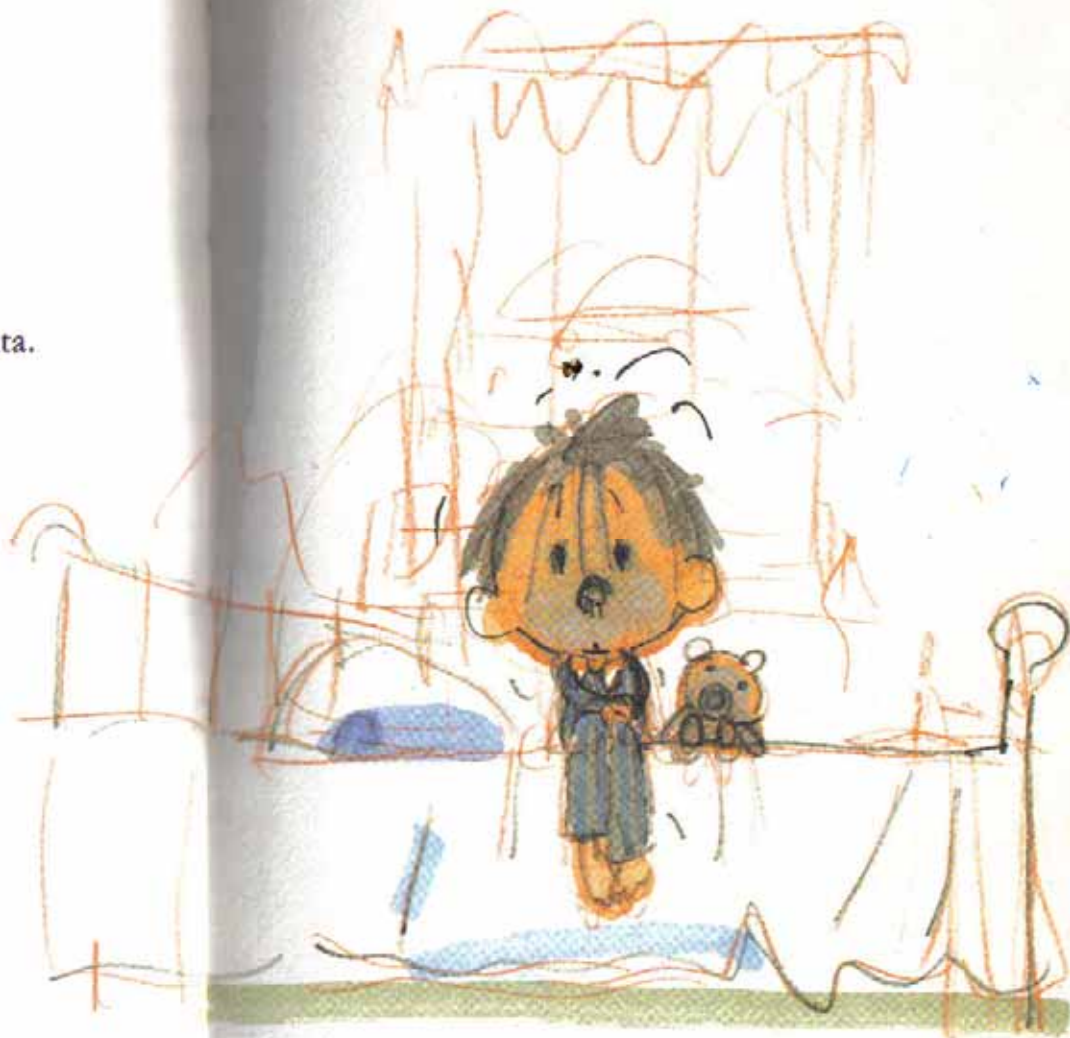
Un montón de pensamientos  
rondaban por su mente,  
todos negros  
como nubarrones en día de tormenta.

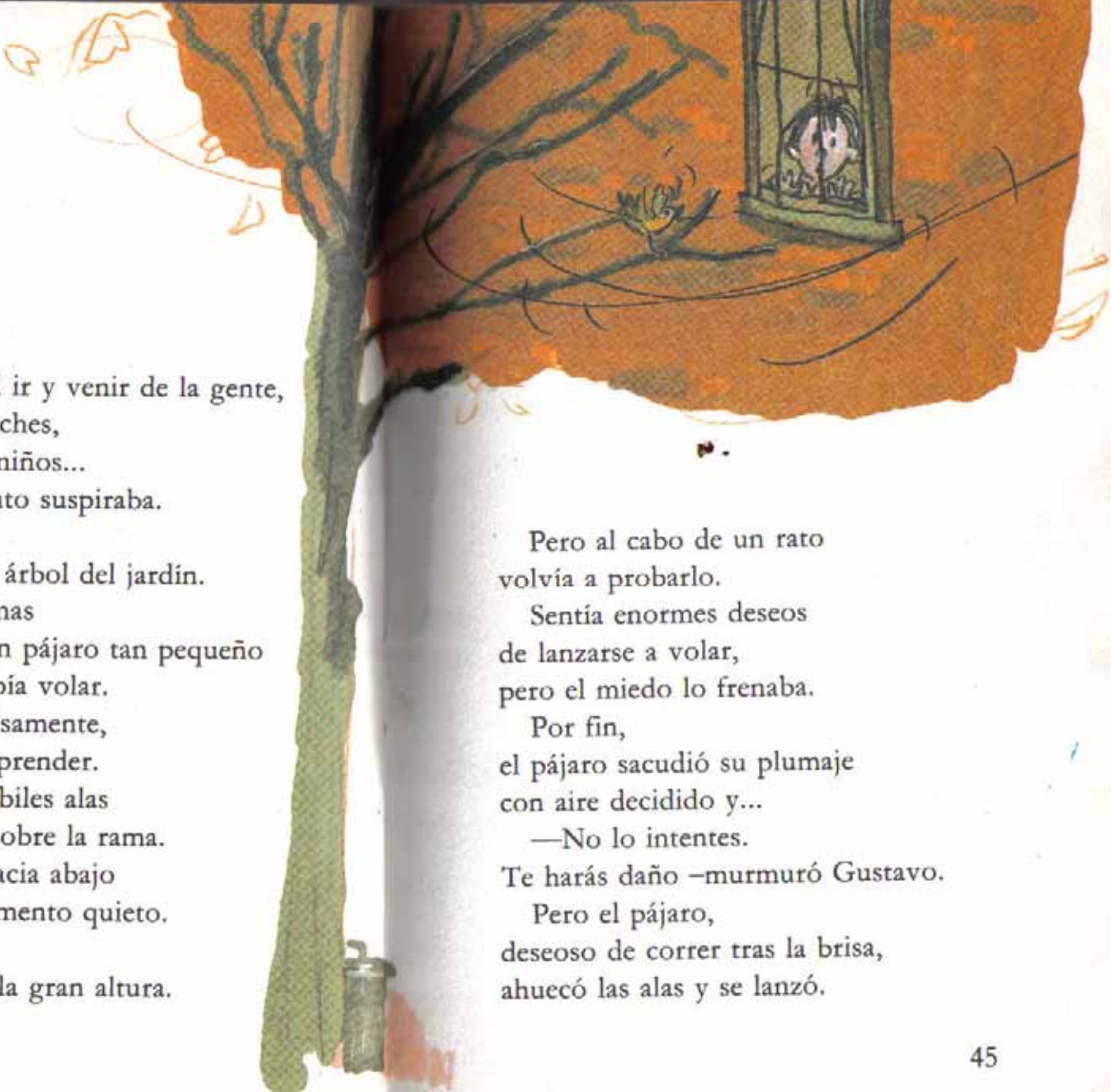
No había manera  
de estar tranquilo.  
Los miedos no le dejaban en paz.  
Y día a día aumentaban.

Eran tantos,  
que Gustavo temía  
que la tía Milagros pudiera verlos.

Por ello,  
se encerró en su habitación  
largas horas.  
Alejado de la mirada de la mujer.

Protegido  
tras los cristales de la ventana,  
su única distracción  
era mirar hacia afuera.



An illustration spanning two pages of a book. On the left page, a tree trunk and a few branches are visible. On the right page, the tree's canopy is depicted in shades of orange and brown, suggesting autumn. A window with a grid pattern is visible in the upper right, with a person's face looking out. The overall style is soft and painterly.

Contemplaba el ir y venir de la gente,  
el andar de los coches,  
los juegos de los niños...

De tanto en tanto suspiraba.

Cierta tarde,  
fijó sus ojos en el árbol del jardín.

En una de sus ramas  
se había posado un pájaro tan pequeño  
que ni siquiera sabía volar.

Y eso era, precisamente,  
lo que intentaba aprender.

Extendía sus débiles alas  
y daba un saltito sobre la rama.  
Después miraba hacia abajo  
y se estaba un momento quieto.  
Sin duda,  
impresionado por la gran altura.

Pero al cabo de un rato  
volvía a probarlo.


Sentía enormes deseos  
de lanzarse a volar,  
pero el miedo lo frenaba.

Por fin,  
el pájaro sacudió su plumaje  
con aire decidido y...

—No lo intentes.

Te harás daño —murmuró Gustavo.

Pero el pájaro,  
deseoso de correr tras la brisa,  
ahuecó las alas y se lanzó.



El primero fue un vuelo corto,  
duró apenas unos instantes.

Rápidamente se posó sobre otra rama.

Sin embargo,  
para él había sido una auténtica hazaña.


Lleno de alegría,  
contempló el vacío con otros ojos.

Sus alas  
ya no le parecían tan poquita cosa.

Así es que,  
una vez recuperado de la impresión,  
volvió a surcar el aire.

A cada nuevo intento,  
se hacía más experto  
en el difícil arte de volar.  
Y la altura dejó de darle miedo.

Gustavo,  
que no le perdía de vista,  
murmuró con asombro:



—Ha vencido su miedo...  
Y tal descubrimiento  
lo dejó pensativo  
durante un buen rato,  
hasta que...





«Yo podría hacer lo mismo»,  
dijo para sus adentros.  
Pero la idea le hizo temblar.

Era necesario  
reunir mucho valor para intentarlo.

—¿Lo tendré?  
—se preguntó Gustavo.

Pero estaba tan harto  
de soportar las fechorías  
de los miedos  
que,  
a pesar de no ser demasiado valiente,  
exclamó decidido:

—¡Claro que lo conseguiré!

Y entonces se alzó en pie de guerra,  
dispuesto a no dar marcha atrás.

Aunque la impaciencia  
le cosquilleaba el cuerpo,  
sabía que debía esperar  
el momento adecuado  
para lanzarse a la acción.  
Lleno de nervios,  
aguardó hasta encontrarse en la cama.

Durante la noche  
habría ocasión  
de presentar batalla.



Entonces la oscuridad  
se convierte en dueña y señora  
de cada rincón de la casa.



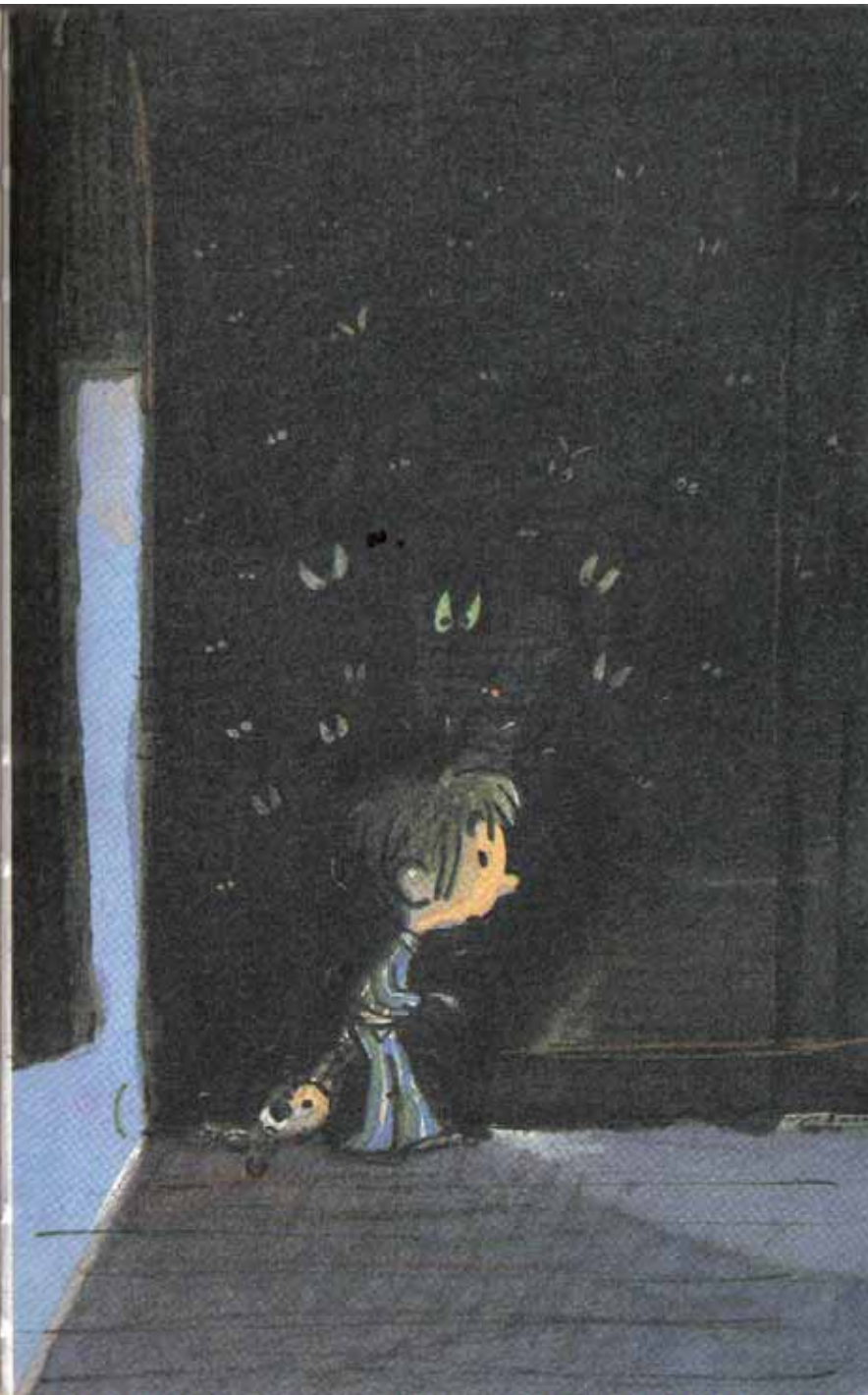
Fingía dormir,  
mientras los minutos transcurrían  
con perezosa lentitud.

Hasta que...

«¡Ahora!», se dijo,  
y sin pensárselo dos veces,  
se sentó en el borde de la cama.

Igual que al pequeño pájaro,  
el vacío le daba miedo.

Tendió sus brazos  
para armarse de valor,  
y después se encaminó al lavabo  
sin encender la luz.



El adormilado pasillo,  
envuelto en sombras,  
se hacía interminable.

A pesar de ello,  
Gustavo avanzaba con paso firme.

Como era de esperar,  
a mitad del oscuro recorrido  
uno de los miedos  
dejó oír sus amenazas.

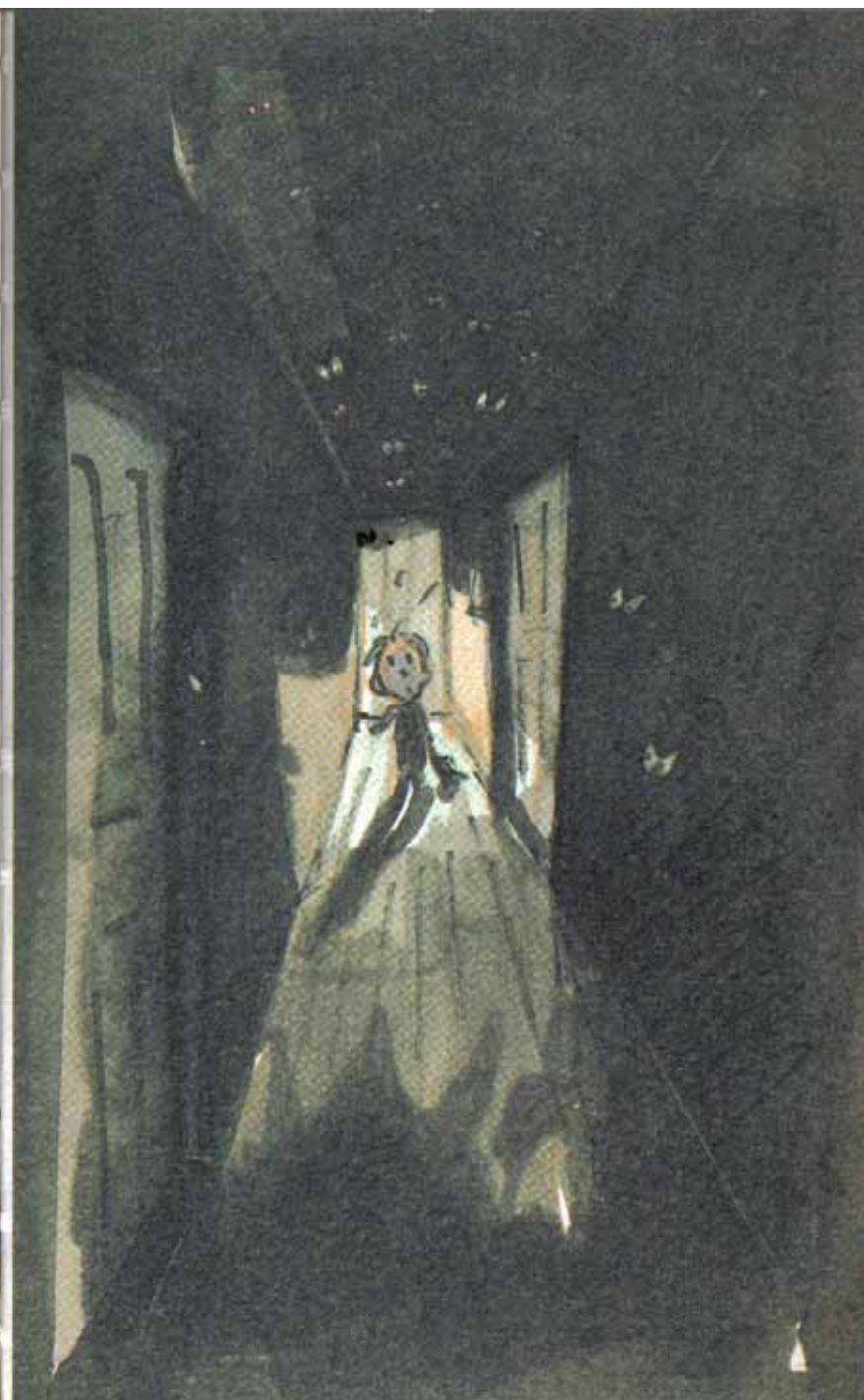
—El bicho de la oscuridad está allí,  
dispuesto a atacarte  
—masculló con malicia.

Gustavo aspiró hondo,  
y luego respondió:

—Qué tonterías dices,  
si ese bicho no existe...

Molesto con el niño,  
el miedo afirmó con voz áspera:

—El bicho está oculto  
tras aquella puerta.



Sin acobardarse,  
Gustavo se acercó a la puerta  
y la abrió.

Como era de esperar...  
¡allí no había nadie!

—Eres un embustero  
—le dijo el niño—.

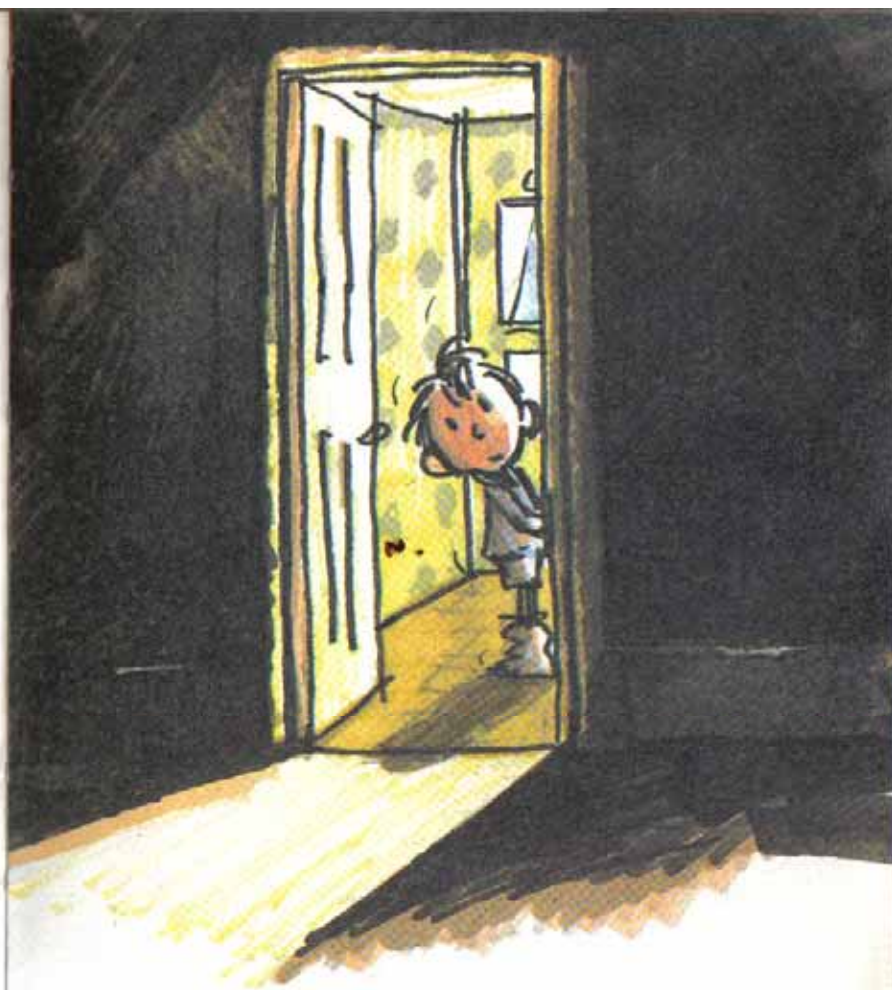
Todo cuanto dices son mentiras.

Entonces el miedo,  
como si fuera una pompa de jabón,  
salió flotando sin rumbo  
y acabó por desaparecer.

A Gustavo eso le dio nuevos ánimos.

De forma casi mágica,  
dejó de sentirse perdido e indefenso.

Tampoco notaba  
el frío que provocan los miedos.



Hizo pipí y, sin pensar  
que las luces estaban apagadas,  
volvió a la cama.

Entornó los ojos  
dispuesto a dejarse llevar  
por los sueños,  
cuando uno de los miedos  
que todavía le quedaban  
se propuso asustarlo  
con su desagradable vozarrón.

Pero Gustavo no hizo caso.

Como si se tratara  
de un antipático mosquito,  
dio un manotazo en el aire  
para alejarlo.

Y el miedo, asustado,  
huyó en veloz carrera.

Igual que ciertos árboles  
que pierden sus hojas en otoño,  
Gustavo empezó a perder sus miedos.



A la mañana siguiente,  
sobre su hombro  
sólo había tres de ellos.



Tan alegre  
como en los días de fiesta,  
se encaminó a la cocina.

Encontró a la tía Milagros  
sentada a la mesa  
y con una taza en la mano.  
En el plato  
había una pasta a medio comer.

—¿No te la acabas?

—preguntó el niño.

—No...

—respondió ella desganada.

—Oh...

¡El bicho de la oscuridad  
te llevará con él!

¡Y es muy malo  
con las señoras delgaduchas como tú!  
—bromeó Gustavo.

La tía lo miró muy seria.  
Pero después  
los ojos se le llenaron de luces  
y cayó en una profunda carcajada.



También Gustavo rió con ganas.  
Y un par de miedos,  
notando que se burlaban de ellos,  
se marcharon ofendidos  
con su desafinada música  
a otra parte.



Dispuesto a acabar  
con aquellos malignos seres,  
en cuanto terminó el desayuno,  
Gustavo comentó:

—Saldré un rato a jugar.

—La calle es muy peligrosa  
—se apresuró a decir  
el último miedo que le quedaba.

—Calla, mequetrefe,  
tú sí que eres peligroso

—respondió Gustavo,

Sopló con fuerza  
y lo mandó tan lejos,  
que no se le volvió a ver el pelo.



Entonces  
Gustavo abrió la puerta de par en par  
y salió.

Lucía una mañana espléndida.

